

Kordon y el ñandubay judío

Bernardo Kordon era un talento en la descripción y comprensión de personalidades y ambientes caracterizados por la marginalidad y la pobreza. Se ha afirmado que brilló en sus escritos a la hora de la pintura tanto de los provincianos atosigados por la gran ciudad como de los porteños medio perdidos en rincones de provincia.

Al segundo caso pertenece la novela breve de la que hoy queremos ocuparnos, “Kid Ñandubay”. La que apareció en 1971 en un solo volumen con “A punto de reventar”. Se publicó también junto con “Un horizonte de cemento”. Y fue reeditada años después de la muerte del autor en conjunto con “Alias Gardelito”. No le cupo la suerte del traspaso al cine, que sí le llegó a varias de sus narraciones.

Un escritor “al borde”.

Kordon nació en 1915 en Buenos Aires y murió en 2002 en Santiago de Chile. Era hijo de un imprentero judío. Siguió desde temprano un itinerario ideológico afín al comunismo, que incidió en su producción literaria y sus elecciones temáticas. Supo transitar también un sendero afín al peronismo revolucionario de fines de la década de 1960 y principios de la de 1970.

Su obra fue publicada a partir de los últimos años de la década de 1930. Dejó de publicar desde la de 1980 hasta su muerte. Quedó fuera de las modas literarias de superficie, si bien mantuvo reconocimiento de la crítica.

Reconocido como eximio cultor del cuento y también del “cuento largo” o novela breve (para qué afrancesar con *nouvelle*), fue un exponente por antonomasia de la narrativa de pobres y marginados. De gente a menudo sin hogar y hasta sin comida. Con supervivencias trabajosas, endeudadas, al borde a veces de la cárcel o de la muerte violenta.

“He conocido hombres y no héroes. No me interesan como tales. Y por eso mismo no siento la necesidad de meter héroes en mis obras”, dijo alguna vez el escritor.

Y allí están, varones y mujeres. Vagabundos; prostitutas, proxenetas, artistas de circo, habitantes y encargados de pensiones y hoteles “rantifusos”. “Cuenteros” como Toribio, de “Alias Gardelito”. Oficios diversos, precarios o no; camioneros, ferroviarios, canillitas, tipógrafos, viajantes de comercio.

Deambulan por pueblos y suburbios pobres o pasean su miseria y desamparo por las zonas ricas de la gran ciudad. Parte de ellos forman parte de un tipo social con resonancia étnica y clara identificación con el peronismo, el “cabecita negra”, provinciano migrado a la gran ciudad.

La ciudad y el inicio en el boxeo.

Entre las mejores exposiciones del talento de Kordon para el ambiente marginal y pobre se encuentra sin duda “Kid Ñandubay”.

El relato se publicó por primera vez en 1971. La acción transcurre en un tiempo muy anterior. Se menciona al pasar una fecha, 1927.

Cuando se alude de modo breve a los méritos de esta narración suele destacarse sobre todo el episodio final. Cuando el protagonista, aspirante a boxeador de fama, trueca el cuadrilátero por el pobre escenario de un circo provinciano.

Sin embargo todo el relato está cubierto de toques magistrales. Como el comienzo entre delinquentes. Sus apuntes sobre el mundillo de la prostitución barrial, por ejemplo, son elocuentes.

Se despliegan en la narración varias de las afinidades del escritor. Como los viajes continuos, con los camiones y en este caso los trenes como medios de transporte. Resalta también, en las primeras páginas, el protagonismo del centro de Buenos Aires y sus inmediaciones. En este caso sobre todo la zona de Tribunales.

También el mundo de la delincuencia de baja envergadura, representada en particular por proxenetas de poca monta y punguistas. El protagonista, de a ratos canillita, luego tipógrafo, advierte que “entre cafishios y chorros no se querían nada”

Tiene su lugar el tango, género preferido de los cafishios, entusiastas del sentimentalismo de Agustín Magaldi. El acercamiento a la canción ciudadana incluye trazos dotados de agudeza y precisión: “...algo diferenciaba a los cafishios criollos de los franceses y era el culto del tango. Entonces Carlos Gardel no era más famoso que Ignacio Corsini y mis amigos cafishios preferían a Agustín Magaldi porque era más sentimental...”

También arrima una caracterización sobre el uso del lenguaje: “...de palabras difíciles los fiocas sabían un montón, lo mismo que de educación, y hasta había algunos que hablaban francés porque sabían viajar por allí.”

Resalta que había diferencias en el “lunfa” de los “cafiolos” y de los ladrones (“gratarolas”, “lanzas”). El protagonista está orgulloso de su manejo del idioma de los bordes, avanzado a su vez sobre el centro.

Sus inicios como boxeador rebosan de humanidad. También un “antihéroe” toma parte de lo épico. El sueño de campeón es el nutriente fundamental de su vida, lo lleva al rechazo de vicios. Busca a su modo un “sendero de perfección”:

“Probé un trago, pero no quise seguir (...) sabía que para llegar a boxeador no tenía que chupar vino ni ginebra, que los curdas pueden pelear, es decir agarrarse a piñas y patadas, o matarse a puñaladas, pero una riña es todo lo contrario de un combate, y un boxeador de verdad no es peleador sino un combatiente...”

Así ennoblece a sus ojos el deporte de los puños, lo hace una técnica animada por una ética de soldado. Cuando sube a un ring, todavía en plan de entrenamiento, ya se siente en trance de ascenso.

No en términos sólo materiales sino de personalidad integral. “...me dieron lástima esos fiocas uniformados y los gratarolas (ladrones) con sus gorras grasientas y sus miradas de ratas

acorraladas. Yo ya me sentía un boxeador e iba a ser famoso en toda la ciudad, en el país, posiblemente en el mundo entero: un combatiente, ese era mi porvenir...”

En ese punto de la narración Kordon presenta a algunos pugilistas de existencia histórica. En particular uno. El poeta Alcides Gandolfi Herrero. Llegó a ser campeón de peso liviano. Y cultivó sobre todo los versos de lunfardía. Con el acierto de no exagerar en el uso del lenguaje, manejándolo con naturalidad y soltura.

En el cuento, el joven es causante involuntario de una lesión de Alcides que le impide hacer una pelea dotada de una bolsa muy cuantiosa. Y no le muestra el menor resentimiento. Un guiño del autor a quien fuera en la realidad un caballero del ring.

Que a la vez muestra la sensibilidad del personaje principal, admirado por la bonhomía de Gandolfi: “...me enseñaba su maravillosa técnica. Era un verdadero amigo, un caballero, y no sé cómo hacía para alcanzarme con el puño cuando quería, y convertir ese golpe en un roce juguetón de gata que juega con el gatito.”

El viaje interminable.

Cuando el club en que se entrenaba como púgil fue desalojado, decide al poco tiempo buscar otro horizonte geográfico. Se introduce entonces en la trama el nomadismo, tan frecuente en la narrativa de Kordon.

El de, por ejemplo, “Alias Gardelito” y “Fuimos a la ciudad”. Proyectado al horizonte sudamericano en “Vagabundo en Tombuctú”.

Irá detrás de su sueño boxístico. También en huida de la “mishiadura” o de trabajos mal pagos que no le interesan. Se “pega el raje” con un amigo que responde al peculiar apodo de “Lon Chaney”. “Chorro” él y “quemado” con la policía. “Con la arpillera, algo de ropa que tenía, mis guantes de box y las latas hice un envoltorio y así quedó armado mi mono de linyera.”

El aliento épico del combate se yuxtapone así con la marginalidad en su máxima expresión, el “linyera”, vagabundo argentino por excelencia. Y con el desamparo. “Chaney” se va para otro lado y el aspirante a boxeador queda solo con su alma.

Pelea en más de una plaza del litoral, Santa Fe, Paraná. Y se enfrenta de nuevo a la orfandad en cuanto a trabajo y en rumbo general de su vida. “Empresarios” y “representantes” lo dejan colgado.

Nos cuenta: “Algunos muchachos volvieron a sus lugares y otros se largaron a probar suerte en Buenos Aires, que es cosa que pueden hacer los provincianos, pero no un porteño. ¡Cualquier día volvería a Buenos Aires sin un mango en el bolsillo!” Por entonces piensa que a la capital sólo volverá triunfador.

Se va a Diamante. Ciudades cada vez más pequeñas. Soledad día a día mayor. Le quedaba su porteñidad: “... lo único que lamentaba era no saber cantar un tango, nunca supe cantar un tango, y todos me pedían que cantara un tanguito y si lo hubiera hecho me habrían levantado un monumento en medio de esa plaza...”

Igual no desiste de la identidad que le confiere el oficio con toques heroicos que ha elegido. “El otro se rió porque me vio con el mono de linyera. Claro que llevaba poca ropa pero en cambio allí cargaba todo mi orgullo de boxeador.”

El circo, la dura madera del ñandubay.

Así es que ingresa en el circo, en Chaco. Representa para él una caída, la pérdida de ese “orgullo de boxeador” que experimentaba y defendía hasta poco tiempo antes. Ya antes había accedido a alguna pelea “arreglada”. Ahora descendía al remedo, a la parodia. Ya no era deporte.

Lo hace por iniciativa propia. No tiene otra opción a mano a la hora de sobrevivir. Él inventa el lance: Que cualquiera del público pelee un round con él. Y si logra tirar al piso al “campeón” se lleva un premio en dinero. “¡Cincuenta pesos al que lo tire al suelo una sola vez!”

Entonces lo bautiza el dueño del circo como “Kid Ñandubay” para darle un tinte “criollo”. Él procura la atenuación simbólica del declive: “...me parecía que ese Kid Ñandubay no era yo, nadie lo iba a saber, de modo que cualquier payasada que me obligaran a hacer era como si la hiciera otro...”

El ñandubay es un árbol cuya madera es de suma dureza y resistente a cualquier deterioro. Es típico de la región chaqueña y litoral de nuestro país. Como una manifestación irónica de la “babilonia” argentina de aquella época, el portador del seudónimo que une el inglés con el guaraní es un joven judío nacido en Polonia. Un toque maestro del escritor, que el lector sólo conocerá a su debido tiempo.

No sólo “boxea”. Hace un poco de todo, carga y descarga los enseres. Participa en la representación de Juan Moreira y las cuchilladas que cierran cada espectáculo en medio de la euforia del ingenuo auditorio pueblerino.

Se enamora de una artista circense, amazona, y esta lo menosprecia después de un contacto inicial. El joven encaja la humillación y replica: “...soy un combatiente y quiero serlo de verdad, y no un payaso de circo...”

Tras el espasmo amoroso frustrado, uno de los improvisados rivales lo manda al piso. Ya no tolera más caídas.

Quiere volver a pelear, a ser un “combatiente”. Esa es para él la recuperación de la dignidad y del sentido mismo de su vida. Deja el circo. Sus pasos van de nuevo hacia la ciudad, con el “mono” al hombro otra vez...

De realidades y maravillas.

El tópico dicta que Kordon era un escritor realista. Lo que suele seguirse con disquisiciones acerca de su cercanía o distancia con los cánones del “realismo socialista”.

No obstante se acerca con frecuencia a lo maravilloso y sombrío que irrumpe en la vida cotidiana. Y a veces la envuelve y altera por completo. Se cita en respaldo que Rodolfo Walsh incorporó “Un poderoso camión de guerra” a su *Antología del cuento extraño*.

La “extrañeza” asimismo habita en otros cuentos como “Sin mañana” y “Los tripulantes del crimen”. De modo más tenue pero inequívoco, en “El remolino”.

La imbricación de realismo y “maravilla” la explicó con envidiable claridad Jorge B. Rivera, en el prólogo a una selección de sus cuentos editada por Centro Editor de América Latina:

“Si pinta con maestría el mundo de los marginados y se interna en la descripción de tipos y ambientes cotidianos y populares, aplicando, como dijimos, las mejores lecciones del realismo humanista, Kordon no deja de lado, en ningún momento, el buceo de la aventura y la exploración de lo que él llama ‘la dimensión de lo maravilloso’, una dimensión que está presente en los temas aparentemente más alejados de esa vertiente

(...) Kordon se presenta, en efecto como un buscador insaciable de lo maravilloso y de la aventura bajo sus diferentes especies.”

Podría rastrearse esa veta en *Kid Ñandubay*. Señalaremos dos rasgos, introducidos en la reacción del protagonista frente a mujeres que lo cautivan. La “mirada azul” de una “india”, que lo obsesiona hasta el punto de temer un “gualicho”. Y el olor misterioso del cabello rojizo de Diana, la amazona del circo, que lo acerca a un éxtasis con reminiscencias de su primera infancia.

El solitario Jack Berstein es hechizado por mujeres. Sigue aún en búsqueda de olvidarlas cuando parte en su incierto regreso a Buenos Aires. Los colores saben irrumpir entre los tonos grisáceos de su existencia.

Cuando se devela la pertenencia judía del protagonista, el lector queda aleccionado sobre la convergencia de marginalidades. Ocurre sobre el final, en la evocación por Berstein, ya viejo, del momento en que alientan a un rival incitándolo a que mate a un judío.

Sin familia, fuera de su ciudad, porteño en provincias. Y judío en un ambiente como el boxístico, más bien poblado de procedencias “criollas”. No lo quiebra el estigma. Reacciona, acorrala a su rival y hasta queda a punto de noquearlo. Los jurados le dan el triunfo al contendiente. Acaso la muestra más elevada de su aptitud moral para el combate.

Sobre el final del relato, el boxeador-narrador despliega en plenitud y detalle su identidad: “...la verdad es que bien me acuerdo que era bastante crecido y ni hablaba una sola palabra de castellano”. Otra paradoja, el hombre que se ha lucido más de una vez hablando el lunfardo como los “fiocas” o los “lanzas”, tuvo al idish como su primera lengua.

“Yo en cambio sé cosas que pocos conocen, y todo lo aprendí en las calles y en los cafés y lecherías de Buenos Aires.” El personaje trasluce así el amor empecinado e incondicional por Buenos Aires del propio autor, nos parece.

No hay para Kid Ñandubay, que volvió a ser Jacobo, nada más valioso que el camino de regreso a la ciudad enorme, entre sórdida y milagrosa. Donde arrancó una existencia signada por las privaciones sin perder el fascinante sentido de la aventura. Ya sólo queda suponer qué pudo ocurrir a su regreso.

